JOSE GUADALUPE VICTORIA

De blasones y baluartes mexicanos

"México tuvo el ser de
su vida cristiana cuando
se le apareció María".
Francisco de Florencia,
La Estrella del Norte.

Introducción

HACE POCO más de treinta años Pierre Francastel publicó su libro *Pintura y Sociedad*,¹ en el cual plantea los lineamientos de la disciplina que él mismo denominó sociología del arte. Uno de los puntos fundamentales en la interpretación de Francastel es que las obras de arte no deben ser estudiadas únicamente como símbolos, sino, ante todo, como objetos necesarios en la vida de los grupos sociales. Añade el autor que, en el caso de las pinturas, en ellas no sólo deben verse temas anecdóticos sino que más bien debemos indagar el mecanismo social e individual que las hace legibles y eficaces.² Por lo que se refiere a la arquitectura, cabe la posibilidad de estudiarla desde el punto de vista de quienes patrocinaron la construcción de los monumentos, a nivel individual o de grupo. Es decir que, así como puede hablarse de una *voluntad de forma*, es legítimo aludir a una *voluntad de patronazgo*, cuyo estudio necesariamente lleva al análisis de la ideología del individuo o grupo que patrocina la o las obras.³

La arquitectura novohispana ofrece innumerables ejemplos donde el papel del patrono fue de primer orden. Es el caso de los cuatro santuarios erigidos durante el siglo XVIII en la ciudad de México, que fueron considerados por sus contemporáneos como

¹ Pierre Francastel, *Peinture et Société. Naissance et destruction d'un espace plastique. De la renaissance au cubisme*, París, Denoël/Gontier, 1977, 362 p., ils.

² *Ibidem*, introducción.

³ Damián Bayón, *L'Architecture en Castille au XVI^e siècle. Commandes et Réalisations*, París, Editions Klincksieck, 1967, 300 p., ils. Del mismo autor véase el artículo titulado: "Lenguajes plásticos en la Castilla del siglo XVI". La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico, n. 41, p. 37-64. San Juan, Puerto Rico, enero-marzo de 1963.

auténticos baluartes que la protegían; uno a cada viento. Santuarios que estuvieron dedicados a la Virgen María, bajo distintas advocaciones, y cuyas imágenes se convirtieron en blasones ilustres de México.

La figura de María, bajo distintas advocaciones o formando parte de otros temas, llegó a este lado del Atlántico desde el momento mismo de la Conquista, paulatinamente adquirió importancia y en la época barroca conoció una auténtica apoteosis. Todos los habitantes de Nueva España, sin importar su condición social o preparación intelectual, rindieron culto a la Madre de Dios; así lo prueban la plástica, la literatura y otras manifestaciones artísticas.

Los Baluartes de México

Ahora bien, puede decirse que estamos ante un mismo tema con muchas variantes. En esta ocasión sólo habremos de ocuparnos de una de esas variantes; o sea cuatro advocaciones marianas que favorecieron el desarrollo de un patronazgo y un mecenazgo que rebasó el ámbito meramente artístico. Nos referimos a las imágenes de *Nuestra Señora de Guadalupe*, *Nuestra Señora de los Remedios*, *Nuestra Señora de la Piedad* y *Nuestra Señora de la Bala*.

Aunque en las cuatro se puso de manifiesto la voluntad "divina", una de ellas no fue realizada por "mano humana", o sea el lienzo de la Virgen de Guadalupe.

Rasgo común en dos de esas imágenes es que su culto fue fomentado por el clero secular; mientras que las otras dos estuvieron a cargo de órdenes religiosas: los dominicos y la orden hospitalaria de San Juan de Dios.

En orden de importancia hay que referirse a Nuestra Señora de Guadalupe: a partir de su aparición en diciembre de 1531 se desarrolla un incipiente patronazgo sin mayor trascendencia, el cual continuó durante la primera mitad del siglo XVII y corrió paralelo al esfuerzo de varios "intelectuales" por fomentar el culto a la Virgen. Esos "evangelistas de Guadalupe", en expresión de Francisco de la Maza, con sus escritos influían, por una parte, en el encargo de obras de arte: retablos, pinturas e imágenes de bulto; pero sobre todo en la construcción del santuario.⁴ Por otra parte, fomentaban el espíritu piadoso de los grupos sociales novohispanos, especialmente de criollos e indígenas. Al finalizar el siglo XVII el país estaba atestado de imágenes de la Guadalupana. De modo que Fernández de Echeverría y Veytia pudo escribir décadas más tarde: "y no es menos la multitud

⁴ Francisco de la Maza, "Los evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano". *Cuadernos Americanos*, a. VIII, n. 6, p. 163-189. México, noviembre-diciembre de 1949.

de templos que se le han dedicado desde entonces en todas las ciudades y pueblos más principales del reino: pero es incomparablemente mayor el número de altares, pues apenas hay iglesia tanto en las ciudades y poblados de ellas, como en los pueblos en que no hay más de una, donde no hay altar dedicado a esta sagrada imagen, y en la mayor parte de ellas pintadas las apariciones".⁵

Sin embargo, fue en el santuario de la antigua Tepequilla donde los criollos novohispanos de la ciudad de México invirtieron sus esfuerzos de todo género. Era una necesidad de mostrar y mostrarse a sí mismos el favor con que el cielo los había "premiado". La iglesia -la quinta según Echeverría y Veytia- fue dedicada en 1709 y, dice el mismo autor, "está situada a la misma falda del cerro del Tepeyac, de norte a sur, a este viento la puerta principal, y está mirando a México. Otras dos puertas tiene de igual arquitectura en el mismo medio de los costados oriente y poniente, correspondientes a la bóveda mayor o cimborrio. Su fábrica interior es de tres naves, sostenidas de ocho columnas, cuatro por banda, sobre las cuales y las paredes de su cuadrilongo asientan quince bóvedas. De éstas la del medio se eleva más que todas, formando el cimborrio o media naranja, y las otras cuatro de la misma nave del medio aunque más bajas que el cimborrio, se elevan más que la de los costados. Debajo de la última bóveda de la banda del norte en la nave del medio, está el altar mayor y presbiterio, y en la penúltima de la misma nave por el lado del sur, se ha fabricado el coro para los canónigos de la Colegiata: entre las cuatro columnas que la sostienen y desde allí al presbiterio, corre la crujía. Todo lo restante de la fábrica está perfectamente ajustado a las medidas del arte, cuyos cuatro ángulos rematan por fuera en cuatro torreones ochavados de dos cuerpos, de uniforme arquitectura que la hermosean mucho".⁶

Al santuario concurrían los habitantes de México y sus alrededores y cada uno a su manera rendía culto a la Virgen Morena; pero de modo especial los indios, quienes, dice fray Francisco de Ajofrín, "apenas hay día en que no concurran (al santuario) muchos pueblos de indios a ofrecer algún donecillo a su madre. Llevan sus danzas de inditos e inditas, vestidos a su usanza con vistosos plumajes, y al son delarpa, violines, rabeles y otros instrumentos bailan delante de su

⁵ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *Baluartes de México. Descripción Histórica de las cuatro milagrosas imágenes de Nuestra Señora que se veneran en la muy noble, leal, e imperial ciudad de México, capital de la Nueva España, a los cuatro vientos principales, en sus extramuros, y de sus magníficos santuarios, con otras particularidades*, por el lic. D., obra póstuma, dada a la luz el R.P. Fr. Antonio María de San José, carmelita descalzo, México, Imprenta de Alejandro Valdés, 1820, 89 p.

⁶ *Ibidem*. Informaciones acerca de la construcción del santuario en el siglo XVIII pueden verse en: Delfina López Sarrelangle, *Una villa mexicana del siglo XVIII*, México, UNAM, Imprenta Universitaria, 1956.

Reina con arte y concierto aquellas danzas antiguas, tan inocentes como devotas".⁷

El culto a Nuestra Señora de los Remedios tampoco tuvo gran importancia durante el siglo XVI, aunque no faltaron intereses -especialmente del clero secular, quizá motivados por varios particulares- para erigir un santuario en el sitio requerido por la Virgen misma, en la cima del cerro de Totoltepec, también en las goteras de México, al poniente. Según Cayetano de Cabrera y Quintero, desde 1575 se colocó la imagen en una iglesia nueva, "acabada perfectamente, y con casi los adornos que hoy tiene; bien que techada como se practicaba entonces, de maderas, y esculpida techumbre, que después, sufriendolo las primeras paredes, que acaso se hicieron bastantemente fuertes a este intento, se labró, y edificó de bóveda..."⁸ Añadiremos que en esa iglesia hubo unas pinturas al pincel de Alonso de Villasana donde se daba cuenta del magnífico portento, o sea la aparición de la Virgen*.

Nuestra Señora de los Remedios -como la Guadalupeana- aunque se apareció a un indígena, gozó de la devoción de los españoles. Por eso resulta conmovedor el empeño de criollos como Cayetano de Cabrera y Quintero quién señala que si para su tiempo -mediados del siglo XVIII- existían dos santuarios importantes cerca de México, era porque la Virgen quiso tener dos recompensas por los favores que había hecho a los indígenas a quienes se había aparecido y a sus respectivos parientes que sanaron por su intercesión. Esa doble recompensa no era sino "dos templos, y dos casas que fuesen la de la salud para todos; la de Guadalupe, donde se apareció para darla; y la de los Remedios, donde se quiso aparecer para aplicarlos, y donde como en oficina de arcanos mezclando los que habían traído de la Europa, los templó y ajustó a nuestro clima, uniéndolos o haciéndolos uno, con los que ya en flores, y sus quintaesencias había alambiado en Guadalupe, y los que como antes a los Indios, quiso franquear aquí a los españoles, poniéndolos como en botica para todos, en la casa de sus remedios, que es muy suya, por serlo el suelo de esta tierra, y más porque se la ingenió y mandó hacer, a su otra imagen, a la que con franqueza de indiana, no sólo labró casa, cuando por conquistadora, y venida de España estaba (como suelen decir) por los suelos, sino que quiso alternar con ella su poder para

⁷ Fray Francisco de Ajofrín, citado por Francisco de Florencia, *op. cit.*

⁸ Cayetano de Cabrera y Quintero, *Escudo de Armas de México... para conmemorar el final de la funesta epidemia de matlazahuatl que asoló a la Nueva España entre 1736 y 1738*, edición facsimilar con un estudio histórico y una cronología de Víctor M. Ruíz Naufal, México, Instituto Mexicano del Seguro Social, 1981, 546 p.

* Federico Gómez de Orozco, "Las pinturas de Alonso de Villasana en el Santuario de Los Remedios". *AHE*, v. IV, n. 14, 65-96. México, 1946.

nuestro bien, y salud especialmente cuando la combatiesen pestilencias".⁹

Menos importante que los santuarios de Guadalupe y de Nuestra Señora de los Remedios, fue el que los dominicos fundaron al sur de la ciudad de México, conocido con el nombre de Nuestra Señora de la Piedad, a la vera del río del mismo nombre. Ahí, dice Francisco de Florencia en su *Zodiaco Mariano*, "se venera una imagen de María Santísima al pie de la Cruz teniendo en sus brazos el difunto cuerpo de su bendito Hijo Jesús, con el título de Nuestra Señora de la Piedad".¹⁰ La imagen fue traída de Europa por encargo de un religioso y al llegar a México se cayó en la cuenta de que la mano divina se había puesto de manifiesto en ella; por eso, añade Florencia, "desde entonces pues creció más la devoción con la Sagrada imagen de la Piedad: la cual muestran los mexicanos en las frecuentes visitas de la Cuaresma, y con más frecuencia los sábados. Hacen allí sus novenas, ofrecen sus limosnas y mandan decir misas a honra de la Señora".¹¹

El papel de María como intercesora de causas difíciles quedó probado una vez más en cierto pueblo de los alrededores de México cuando un agraviado esposo trató de asesinar a su infiel esposa, quien se acogió a la protección de una imagen de María, siendo ésta el blanco del tiro disparado por el airado cónyuge. Que la imagen (de bulto) no sufriera daño mayor fue considerado como prueba irrefutable de la inocencia de la esposa. A partir de ese momento la imagen empezó a recibir culto bajo el nombre de *Nuestra Señora de la Bala*, misma que se llevó a la iglesia del Hospital de San Lázaro, al oriente de la ciudad de México, atendido por religiosos de San Juan de Dios.

Ahí recibía particular devoción "de todos, y que son muchos los beneficios, que hace Dios por medio de esta Santa Imagen".¹² El mismo Padre Florencia registra varios de los milagros por ella obrados y dice que algunos fueron pintados y colocados en el santuario. No resistimos el deseo de mencionar uno: "Hallábase una mujer muy afligida, porque sintiendo acerbísimos dolores de parto, no podía dar a luz la criatura. Encomendose muy deveras a Nuestra

⁹ Cayetano de Cabrera y Quintero, *op. cit.*

¹⁰ Francisco de Florencia, S. J., *Zodiaco Mariano*, en que el sol de Justicia Christo con la salud en las alas visita como signos, y casas propias para beneficio de los hombres los templos, y lugares dedicados a los cultos de su SS. Madre por medio de las más célebres, y milagrosas imágenes de la misma señora, que se veneran en esta América Septentrional, y reynos de la Nueva España, obra póstuma del Padre Francisco de Florencia, de la Compañía de Jesús, reducida a compendio, y en gran parte añadida por el P. Juan Antonio de Oviedo de la misma Compañía.... México, Nueva Imprenta del Real y más Antiguo Colegio de San Ildefonso, 1755. 328 p.

¹¹ *Ibidem*, p. 82-83.

¹² *Ibidem*, p. 83-84.

Señora de la Bala, y parió luego dos gemelos, el uno vivo y el otro muerto. Alentada la mujer con el primer favor, suplicó a la Virgen, que pues por su medio y poderosa intercesión había parido, perfeccionase el beneficio dando vida al niño difunto. Ella lo pidió, y la Virgen, que todo lo puede, lo hizo: y para testimonio y memoria se colocó en el Santuario pintada la maravilla. Otros muchos prodigios pudieran referirse, si no hubiera habido grande omisión y descuido en escribirlos".¹³

Llegados a este punto podemos darnos cuenta de la importancia que había adquirido la figura de María, a mediados del siglo XVIII, tanto en la literatura como en la plástica. Sobre todo en la ciudad de México y particularmente en el caso de la Virgen de Guadalupe y de Nuestra Señora de los Remedios.

Llama la atención ver cómo durante casi un siglo el culto a María -su representación plástica y el consiguiente patronazgo que se desarrolló- fue imponiéndose en la población novohispana. En el caso de México se procuró poner la ciudad bajo su protección, como lo prueban las obras que hemos citado con anterioridad. Así, es bastante significativo que Mariano Fernández de Echeverría y Veytia haya titulado a su libro *Baluartes de México. Descripción histórica de las cuatro milagrosas imágenes de Nuestra Señora que se veneran en la muy noble, leal, e imperial ciudad de México, capital de la Nueva España, a los cuatro vientos principales, en sus extramuros, y de sus magníficos santuarios, con otras particularidades...*¹⁴ Aunque la obra no haya sido publicada sino en 1820, es evidente que su autor supo transmitir el sentimiento de sus conciudadanos en el sentido de ver a México protegido, por sus cuatro costados, por la figura de María. ¿Qué ciudad como México podía sentirse más segura de contar con la protección divina? Por eso desde fecha tan temprana -1531- María había visitado a México y dejado -el ayate juandieguino- prueba de su voluntad para ser venerada en tierras del Anáhuac; especialmente en un santuario. No en balde se pudo decir más tarde que "nunca hizo algo parecido con otra nación".

Sin embargo, el enojo de María y de su Divino Hijo se puso de manifiesto en la gran peste que asoló a México entre 1736 y 1738. El nefasto *matlazahuatl* mermó como nunca a la población capitalina, al grado de que ningún esfuerzo humano parecía calmar la ira divina. ¿Qué mejor escudo para defenderse que la misma Virgen en sus distintas advocaciones? Y tal escudo, para regocijo de propios y extraños, funcionó. Por intercesión de María, México recuperaba la calma. Fue entonces cuando se le encargó a don Cayetano de

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, *op. cit.*

Cabrera y Quintero que escribiera su *Escudo de armas de México... para conmemorar el final de la funesta epidemia de matlazahuatl que asoló a la Nueva España entre 1736 y 1738*.¹⁵ Libro a mitad de camino entre un tratado de medicina y apologética sagrada es, sobre todo, testimonio prístino de cómo María consolidaba su papel arquetípico del arte barroco novohispano.

La literatura mariana, especialmente guadalupana, se acrecentaba día con día, y rebasaba el ámbito capitalino; de modo que el jesuita Juan Antonio de Oviedo, en 1755, pudo publicar la obra póstuma de su compañero de religión, el Padre Francisco de Florencia, o sea el *Zodiaco Mariano, en que el Sol de Justicia Christo, con la salud en las alas visita como signos y casas propias para beneficio de los hombres los templos, y lugares dedicados a los cultos de s.s. Madre por medio de las más célebres y milagrosas imágenes de la misma Señora, que se veneran en esta América Septentrional y reinos de la Nueva España*.¹⁶

Así, Nueva España gozaba de la protección divina, gracias a la intercesión de María, cuya presencia real se manifestaba en los santuarios donde se le rendía culto. Desde Yucatán y Guatemala, hasta los territorios del Septentrión, y de costa a costa, se sucedían los templos dedicados a María; por consiguiente el número de retablos e imágenes se multiplicaban también.

Y aquí conviene hacer un paréntesis para referirnos a otro célebre santuario, cuyos orígenes guardan gran semejanza con el de Guadalupe de México; no es otro sino el dedicado a Nuestra Señora de Ocotlán, en las afueras de Tlaxcala. Ahí también se apareció la Virgen a un indígena, pidió se le erigiera un templo y a éste se asoció un pozo de agua santa. El resultado fue un suntuoso conjunto arquitectónico del siglo XVIII que protege celosamente a la añosa, aunque triste, ciudad de Tlaxcala. Sí, la capital de la antigua república no podía ser menos que México y por eso no faltó quienes le "inventaran" su arquetipo mariano y patrocinaran la construcción del santuario.

Ahora bien, Tlaxcala no fue la única ciudad que quiso tener su baluarte mariano, aunque no estuviera contiguo a ellas sino en sus inmediaciones. Podemos citar unos cuantos casos tomados al azar: Toluca -el de Tecajic- San Luis Potosí, Aguascalientes, Zacatecas y Guadalajara donde María, desde Talpa, Zapopan y San Juan de los Lagos brindaba y brinda consuelo a sus hijos.

¹⁵ Cayetano de Cabrera y Quintero, *op. cit.*

¹⁶ Francisco de Florencia, *op. cit.*

Conclusión

Como es fácilmente comprensible, la religiosidad y la piedad de los fieles novohispanos propició el desarrollo de distintas empresas artísticas, tanto dentro de la iglesia como entre los particulares, variando, por supuesto, la calidad de las obras. En el caso de la construcción de los santuarios se llamó a los más importantes artistas, aunque desafortunadamente no conocemos sus nombres pues, tal como señaló hace algunos años Elisa Vargas Lugo, lo importante en esa época era dejar constancia de quién costeara la obra y a cuánto ascendía la inversión.¹⁷

Cierto que una investigación documental cuidadosa podría indicarnos algún nombre de artistas importantes. En el caso del Santuario de Guadalupe de México, al menos, sabemos que intervinieron en sendas obras del conjunto —la *Basílica* y la *capilla del Pocito*— dos de los más afamados arquitectos novohispanos: Pedro de Arrieta y Francisco Guerrero y Torres.

Un último punto a considerar dentro de esta breve exposición se refiere a la trascendencia en tiempo y en espacio que logró la figura de María. Esta continuó siendo por varias décadas el punto de unión de los grupos sociales de Nueva España. Fue una especie de aglutinante de esa población heterogénea; sobre todo en su advocación de Guadalupe. La prueba más palpable de esta afirmación es el hecho de que Hidalgo, al momento de iniciar la revolución de Independencia la tomara como bandera y que el grito de guerra fuera: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! En contrapartida los españoles de la ciudad de México, al saber que los insurgentes se acercaban a México, nombraron generala del ejército realista a la Virgen de los Remedios.

El triunfo fue para los criollos, apoyados por indios y castas, y por consiguiente la Guadalupana confirmó su papel protector hacia el antiguo Anáhuac, de ahí en adelante denominado República Mexicana. El arquetipo sobrevivió con mayor fuerza y rebasó el ámbito nacional cuando fue declarada, casi al finalizar el siglo pasado, Reina de México y Emperatriz de las Américas. El patronazgo se extendió y los encargos artísticos se multiplicaron a medida que avanzaba nuestro siglo.

¿Y qué pasó con Nuestra Señora de los Remedios, Nuestra Señora de la Piedad y Nuestra Señora de la Bala? Alguien ha escrito que a nuevos mundos, nuevos santos; y parafraseando podríamos decir que a nuevas realidades políticas, nuevos símbolos: siendo aquéllos tres santuarios sostenidos por españoles, al salir éstos de México el culto a tales imágenes disminuyó considerablemente. Lo anterior, unido a otros acontecimientos ocurridos en el país, como la Nacionalización de los Bienes del Clero, dio por resultado la pérdida

incluso de las imágenes. ¿Quién se acuerda ahora de Nuestra Señora de la Bala o de Nuestra Señora de la Piedad? Esos dos escudos cumplieron con su papel pero se perdieron. De los cuatro baluartes que protegían a México sólo dos quedan en pie: Guadalupe y Los Remedios, llevándose la palma el primero.

Sin embargo, los cuatro cumplieron con su papel. Dicho en otras palabras, antes que símbolos fueron objetos -lugares- necesarios para la vida del virreinato. Nueva España vivió, pues, bajo el signo de María.